

ARGUMENTO

DE LA

ÓPERA EN 4 ACTOS



AIDA



MÚSICA DEL

MAESTRO VERDI

Precio, 10 céntimos

BARCELONA

Imprenta de Núñez Hermanos

61 — Poniente — 61

ARGUMENTO

ACTO PRIMERO

La escena representa, una sala del palacio real en Menfis. A derecha é izquierda una columnata con escalas, arbustos y flores. Una gran puerta en el fondo, por la cual se divisan los templos y palacios de Menfis y las pirámides.

Ramfis, gran sacerdote, anuncia á Radamés, capitán de los guardias del Rey, que los etíopes han invadido el territorio de Egipto, y que consultada la diosa Isis ha nombrado el caudillo que debe mandar las huestes egipcias que han de ir á combatir con ellos. Radamés muestra vivos deseos de que la elección de la diosa haya recaído sobre él á fin de poder poner sus laureles á los pies de Aida, esclava etíope de quien está enamorado, y la cual es hija del Rey de los etíopes, aunque todos lo ignoran.

Amneris, hija de Faraón ó rey de Egipto, está á su vez enamorada de Radamés y creyendo descubrir en las miradas de Radamés y Aida el secreto de su amor, se apodera de su corazón la furia de los celos, y jura en su interior vengarse de su rival.

Preséntase el Rey, acompañado de sus guardias, ministros, sacerdotes, jefes militares, etc., y manifiesta á todos que los etíopes han invadido el suelo egipcio, y que la diosa Isis ha designado para jefe supremo de las tropas á Radamés. Todos manifiestan su satisfacción por este nombramiento, y claman por la guerra.

Sólo Aida ve con pena que sea su amado el jefe

de las tropas, pues siendo los etíopes mandados por su padre Amonasro, la victoria de cualquiera de los dos ha de ser siempre fatal para ella.

Cambia la escena y aparece el templo de Vulcano, en el interior del cual se oye cantar un himno religioso. Radamés es introducido desarmado, y los sacerdotes le entregan las armas sagradas, pidiendo á Dios que sean fatales á sus enemigos.

ACTO SEGUNDO

El teatro representa una sala de las habitaciones de Amneris, á la cual están adornando sus esclavas para asistir á la ceremonia de la entrada triunfal de Radamés y sus huestes. Entra luego Aida á la cual manifiesta Amneris que la suerte de las armas ha sido adversa á los suyos y que divide con ella la pena que esto debecausarle. Luego, queriendo indagar si realmente ama á Radamés, le dice que el caudillo de las tropas había sido muerto en el combate, y al ver el sentimiento de Aida se convence de que es rival, y llena de ira le dice que ese amor puede costarle la vida; pues ella es árbitra de su destino. Luego le manda que asista con ella á la fiesta, donde verá si es posible que una esclava pueda luchar con la hija del Rey.

Cambiase la escena y aparece una de las entradas de la ciudad de Tebas. Entra el Rey, seguido de los ministros, sacerdotes, jefes militares, etc., y luego Amneris, Aida y esclavas. El rey se sienta en el trono. Amneris á la izquierda del rey. El pueblo y los sacerdotes entonan cánticos de victoria, mientras las tropas egipcias desfilan por delante del rey viniendo últimamente Radamés bajo dosel.

El rey dice á Radamés que su hija le ceñirá la

corona triunfal, y que le pida lo que quiera, que él jurará por su corona y por los dioses concedérselo. Entran los prisioneros, y en el último de ellos reconoce Aida á su padre, y corre á abrazarle. Este manifiesta al rey, que es el padre de Aida, que el rey de los etíopes murió á sus pies cubierto de heridas, é implora gracia por sus compañeros. Ramfis y los sacerdotes se oponen á ello, mas el pueblo ruega al rey que se muestre clemente para con los convencidos, y Radamés, recordándole su juramento de concederle lo que le pida, implora la vida y la libertad de los prisioneros. Accede el rey, con la condición de que el padre de Aida quede prisionero en rehenes, y como premio ofrece además á Radamés la mano de su hija.

ACTO TERCERO

La escena representa la ribera del Nilo y el templo de Isis. Es de noche y hay claridad de luna.

Ramfis conduce al templo á Amneris para que la víspera de sus bodas implore el favor de la Diosa. Mientras todos entran en el templo, acude Aida cubierta con un velo á la cita que le había dado Radamés, y poco después se presenta Amonasro, el cual manifiesta á su hija que los suyos han invadido el nuevo Egipto, y que para obtener la victoria sólo necesita saber cuál será el camino que tomará el ejército egipcio, y que debiendo acudir allí Radamés, ella sola podrá saberlo y manifestárselo. Resístese Aida, pero increpada por su padre, que la amenaza con su maldición, por fin consiente en ello, y viendo á Radamés que llega, ocúltase Amonasro para oír lo que desea de la propia boca del caudillo.

Aparece éste, y expresa á Aida que sólo á ella ama y que será su esposa, que cuando vuelva victorioso se arrojará á los pies del rey, le declarará lo que pasa en su corazón, y no podrá menos de acceder á su deseo. Aida le dice que teme el furor de Amneris y su venganza, la cual estallará contra ella, contra su padre y contra todos; y que sólo les queda un camino de salvación, que es la fuga. Titubea Radamés en aceptar este partido; pero vencido por los ruegos de Aida, accede finalmente, y preguntado por ésta cuál será el camino que deberán seguir para evitar el encontrarse con las tropas, le dice que éstas irán por las gargantas del Nápsta, pero que no estarán allí hasta el día siguiente, cuando ellos ya les habrán atravesado.— Allí estarán los míos, dice Amonasro saliendo de su escondite. Radamés ve entonces que le estaban escuchando y que han sorprendido su secreto que puede ser fatal para su patria.

En esto sale del templo Amneris, apellidando traidor á Radames, y Amonasro, viendo que iba á frustrarse su plan, se lanza sobre ella puñal en mano, pero es detenido por Radamés, quien le obliga á huir con Aida, entregándose él al gran sacerdote como criminal.

ACTO CUARTO

Amneris, en ademán triste, está á la puerta del subterráneo donde se halla el calabozo de Radamés, y deseosa de salvarle, manda á los guardias que lo conduzcan á su presencia; le ruega que se disculpe de la acusación horrible que sobre él pesa y que ella obtendrá del Rey su perdón. Radamés dice que jamás proferirá una sola palabra de dis-

culpa; que delante de los dioses ni de los hombres no se considera criminal, pues que si su labio descubrió incautamente su secreto, su honor quedó puro y sin mancilla. Añade que muerta Aida aborrece la vida, y solo desea morir. Esfuérsase Amneris en instarle pue se disculpe y salve su vida, y le manifiesta que Aida no ha muerto, pero que se ignora su paradero pues en el combate solo murió su padre y ella pudo salvarse, que jure que procurará no volver á verla jamás y que ella le salvará á la vida; mas Radamés no escucha sus palabras y prefiere la muerte á renunciar á Aida.

Llegan á esto los sacerdotes, é interrogan á Radamés; pero este se obstina en callar, y declarado traidor a la patria, es condenado á ser enterrado vivo.

La escena que sigue está dividida en dos pisos; el superior representa el templo de Vulcano, radiante de luz y de oro, y el inferior un subterráneo en el cual está Radamés en las gradas de la escalera por la cual ha bajado, y en lo alto dos sacerdotes que colocan la losa que cierra el subterráneo. Cerca ya de ésta, Radamés se lamenta de que ya no volverá á ver la luz del día ni á su amada Aida... cuando de repente oye un gemido, y entre las sombras divisa una forma humana que toma por un fantasma, pero que luego ve ser Aida en persona, que habiendo previsto cual sería su sentencia, se había introducido furtivamente en la tumba para morir con él. En vano forceja Radamés para levantar la piedra que cierra su sepulcro; sus esfuerzos son inútiles, y no le queda más remedio que resignarse á morir con su idolatrada Aida.

Entre tanto Amneris aparece en el templo en traje de riguroso luto y se postra sobre la piedra

que cierra el subterráneo, rogando á la diosa Isis
que abra á la sombra de Radamés las puertas del
cielo.

FIN

Establecimiento Tipográfico de

Núñez H.^{nos}

Impresos comerciales en lujo y
económicos.

Prontitud en los encargos.

61 - Calle Poniente - 61

BARCELONA